JAN PATULA

La historia contemporánea desde la perspectiva centroeuropea*

Introducción

Sería demasiado atrevido pretender hablar en una breve exposición de la historia contemporánea de Europa, si uno no quiere limitarse a ofrecer sólo algunos rasgos generales, ya muy conocidos y debatidos. De hecho, tal tema sobrepasa las posibilidades físicas e intelectuales de una sola persona, tomando en cuenta la complejidad de los problemas, las barreras de numerosas lenguas y la inaccesibilidad a la documentación fundamental desde México, donde no se ha creado aún la mínima infraestructura a tales efectos. Mis incursiones esporádicas por la investigación me inducen a reclamar cada vez con mayor énfasis la necesidad de superar este atraso, mediante la difusión del interés de estudiar la historia de esta parte del mundo.

El objetivo de mi ponencia es restringido y consiste en la exposición de algunas ideas sobre la investigación de la época contemporánea, los alcances y las limitaciones que se han observado en la República Federal de Alemania y Polonia en el período de posguerra. Elijo deliberadamente estos países porque permiten ilustrar experiencias historiográficas muy interesantes poco conocidas en México. Los dos han vivido cambios estructurales profundos originados por la segunda guerra mundial, que han constituido desafíos para que la ciencia histórica explique el porqué de los mismos y la forma en que ambos países han logrado sintetizar su respectivo legado histórico en situaciones novedosas. Con esto quiero señalar que tanto la sociedad germano-occidental como la polaca han experimentado la historia contemporánea en carne propia a escala poco compartida con otras naciones, y que la "presión de la historia" —para utilizar la acer-

* Ponencia presentada en el II Simposio de Historia Contemporánea de México, en Querétaro el 23 de febrero de 1988.

tada expresión del eminente historiador polaco contemporáneo, W. Kula— ha ejercido una influencia decisiva en el comportamiento humano, al punto que los historiadores se han visto obligados a asumir una gran responsabilidad para su interpretación. Me parece que en los dos casos resulta perfectamente aplicable el juicio de Kula, cuando dice:

Definimos la presión de la historia como una influencia de la visión del pasado sobre la actitud de los contemporáneos, la cual se ejerce muy a menudo a través de los patrones socio-costumbristas forjados con base en la materia histórica, de los patrones de los comportamientos sociales e individuales en tal o cual situación, de los patrones de las virtudes y de los delitos, etcétera, los cuales son transmitidos a escala social por diferentes medios, entre los cuales sobresale la educación.¹

Sobra añadir que estos países quedaron situados en lados opuestos por la línea de demarcación establecida Este-Oeste, con diferentes sistemas socio-políticos y económicos. También, que sus sociedades han tenido respectivamente diferentes puntos de partida, inmediatamente después de acabar las hostilidades de la guerra; mientras que la germano-occidental sufrió una derrota total y la ocupación de su territorio, la polaca se encontraba nominalmente en el bando de los vencedores y se declaraba plenamente libre y soberana de su destino, con ambiciones de crear un ideal social. Por lo tanto, la ciencia histórica estuvo inserta en espacios y coyunturas políticas diferentes en cada uno de estos países. En consecuencia, las aportaciones historiográficas de las concepciones históricas produjeron efectos diferentes respecto de la asimilación de las "lecciones de la historia" reciente.

La Zeitgeschichte germano-occidental

La división en cuatro zonas de ocupación de lo que quedaba del Tercer Reich y de su capital, Berlín, propició una rivalidad entre las grandes potencias, que condujo a la formación de dos Estados alemanes en 1949: La República Federal de Alemania (RFA) y la República Democrática Alemana (RDA). Mientras que el prime-

¹ W. Kula, *Reflexiones sobre la historia*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1984, p. 121/22.

ro quedó asociado con las potencias occidentales, principalmente con los Estados Unidos, mediante múltiples vínculos políticos, económicos y militares, y asumió la responsabilidad moral y material de los crímenes nazis,² la RDA, aliada aún mucho más estrechamente a la Unión Soviética, declaró ser el “primer Estado obrero-campesino en el suelo alemán”, renegando de cualquier herencia con el régimen anterior y de toda responsabilidad por la segunda guerra mundial.³ De esto deriva para la RFA el problema de la continuidad estatal y la ambición de representar a todo el pueblo alemán hasta la solución definitiva, concertada en un congreso de paz, tal como reza el preámbulo de la Ley Fundamental, que sustituye a la Constitución de este país.

Por consiguiente, la ciencia histórica en Alemania occidental tuvo que enfrentar el legado histórico con todo el peso de la hipoteca e iniciar la exploración crítica de su pasado reciente. En esta tarea se topó con dos obstáculos, en apariencia insuperables, que bloqueaban el camino para una investigación seria. La primera barrera fue la de la aceptabilidad social del pasado nazi, que la gente no admitía luego de que casi la totalidad del pueblo alemán había estado comprometido activamente con dicho régimen.⁴ La segunda dificultad provenía del peso de la tradición positivista de la historiografía alemana, que rechazaba programáticamente la historia contemporánea como objeto de estudio.

Recordemos que la ciencia histórica alemana se había erigido en la segunda mitad del siglo XIX en el modelo a seguir por su rigor metodológico y sólidas bases institucionales de investigación y enseñanza. Entre los principales presupuestos teóricos de L. von Ranke —la figura clave de la historiografía positivista alemana— se encuentra el de la independencia total del historiador respecto del tema de investigación, que no admite ningún compromiso ni juicio de valor sobre los hechos de estudio.⁵ Independientemente de que tales preceptos nunca se han llevado a cabo —ni el propio Ranke podría sostenerlos con su obra— en los

² H. P. Schwarz, *Vom Reich zur Bundesrepublik*, Kohlheymer, Stuttgart, 1980, p. 54.

³ W. Laqueur, *Europa después de Hitler*, Grijalbo, Barcelona, 1973, pp. 98-99.

⁴ Cfr. las obras literarias de, por ejemplo, H. Böll, W. Borchert, B. Brecht.

⁵ J. Ortega y Medina, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista*, UNAM, México, 1980, p. 61.

medios académicos se estableció la norma de que no podrían ser objeto de estudio los acontecimientos ocurridos en los últimos 60 años —por los motivos que antes expusimos.

Sin embargo, sería inexacto decir que en la RFA de posguerra no se hicieron estudios sobre la historia contemporánea, sobre la época de la República de Weimar y de Hitler. Las investigaciones y publicaciones en su mayoría provenían de politólogos, con una visión e interés particulares. El gremio de los historiadores profesionales, ligado a la herencia positivista se mostraba muy reacio con respecto al estudio de la historia contemporánea. La situación resultaba tanto más extraña cuanto que los archivos estatales permanecían accesibles a los interesados. La sola e inmensa documentación reunida con ocasión del proceso a los criminales nazis en Nürenberg podía proporcionar abundante material para la investigación.

Esta reticencia fue rota por un grupo de historiadores de mediana y joven generación, con H. Rothfels a la cabeza, quienes se propusieron abrir el camino al estudio de la época contemporánea, denominándola *die Zeitgeschichte*. Según los conceptos de su principal impulsor, ésta debería ser:

La historia de una época que nos invade con tantos nuevos desafíos originados por el derrumbe de antiguas constelaciones y lealtades nacionales, por el cuestionamiento de la soberanía de los Estados individuales, por el intento de integraciones federativas, por la pérdida relativa de la importancia del continente europeo en el mundo, por la terminación de toda la política colonialista, por el aumento de número de habitantes y, a la vez, de las fuerzas productivas, hasta llegar a la automatización del proceso de trabajo, por la ruptura de antiguas formas de expresión artística y por la experimentación de las nuevas, por el surgimiento de capacidades autodestructivas de las ciencias naturales y de la técnica, que representa incluso el peligro de la desaparición de la vida humana misma, por el despliegue de lo inhumano en la dimensión nunca antes vista.⁶

Desde el principio —fines de los años 50— se desató una ola

⁶ H. Rothfels, "Die Zeitgeschichte als Herausforderung", *Historische Zeitschrift*, no. 1, 1957, p. 6.

de críticas en contra del término mismo, que literalmente significa “la historia temporal”. A algunos oponentes, la expresión *die Zeitgeschichte* les parecía un contrasentido, una contradicción en sí, ya que según ellos el término *geschichte* (la historia) se refiere al pasado, a “lo realmente sucedido” —como expresara una vez el propio Ranke— y *zeit* (el tiempo), en el sentido otorgado por Rothfels, se relaciona con el momento actual, que presenciamos y vivimos directamente. Para otros críticos, menos atados a la herencia positivista, el término contenía una redundancia, dado que sus dos componentes expresan prácticamente lo mismo: el tiempo. Argumentaban —y obviamente con razón— que la historia no puede existir sin el tiempo.⁷

Tampoco faltaron intentos por sustituir la designación, cada uno esgrimiendo sus argumentos correspondientes. La discusión quedó superada cuando el término *Zeitgeschichte* se afianzó y adquirió respeto en los medios universitarios y editoriales.⁸

Otra controversia se centró en torno a la extensión cronológica de la *Zeitgeschichte*. Cabe recordar que para la historiografía francesa —y la que se ha desarrollado bajo su influencia— la historia contemporánea comienza con el estallido de la Revolución de 1789, porque, se arguye, con esta fecha se inicia una nueva época no sólo para Francia sino para casi todo el globo. En cambio, para los ingleses, la *Contemporary History* se inicia en 1832, año de la reforma parlamentaria que permitió establecer un moderno sistema representativo en Inglaterra, que sirviera de inspiración a fuerzas democráticas de otros países. Para los historiadores alemanes en cuestión, extensiones cronológicas tan grandes resultaron inadmisibles, por la simple razón de que la historia de su pueblo había sufrido en el espacio de menos de dos centurias múltiples rupturas en los planos político, social, ideológico y cultural.

Los partidarios de la *Zeitgeschichte* coincidieron en que el punto de arranque para la historia contemporánea debería situarse en 1917, año que abre la “época coetánea”.⁹ Insistieron en que aquel año tuvieron lugar dos acontecimientos que marcaron de

⁷ Cfr. el resumen de las controversias al respecto en: B. Scheurig, *Einführung in die Zeitgeschichte*, Walter de Gruyter & Co., Berlin, 1970, p. 4-5.

⁸ *Ibidem*, p. 5-6.

⁹ H. Rothfels, *op. cit.*, p. 11.

manera decisiva la evolución de la humanidad: los Estados Unidos entró en la primera guerra mundial y en Rusia estalló una revolución con el objetivo de eliminar el capitalismo y construir un nuevo régimen social. Estos hechos, en la visión de los propagadores de la *Zeitgeschichte*, son más que nada símbolos de cambios mucho más profundos y de alcance universal, cuyas consecuencias perduran hasta nuestros días. A partir de esta fecha se observa un despunte para un nuevo orden internacional, en el cual los dos Estados asumirán respectivamente un papel hegemónico a escala mundial, con las intenciones opuestas de moldear las relaciones internacionales. Pero también, desde el fin de la primera guerra mundial, presenciamos el declive de Europa en el concierto mundial, así como en el plano interno un resquebrajamiento de las estructuras estatales y del orden social, al surgir las ideologías totalitarias del fascismo y el comunismo. También desde este momento se habrán de acentuar nuevas configuraciones y procesos de dimensión planetaria, que son señalados desde la definición misma de la *Zeitgeschichte* dada por Rothfels.¹⁰

La *Zeitgeschichte* sostiene una visión dinámica de la historia, ya que postula que en el transcurso del tiempo se extiende el espacio cronológico y que las investigaciones iniciadas como coetáneas se irán volviendo "clásicas". Sin embargo, los portavoces de la nueva corriente recomiendan conservar una mínima distancia —aproximadamente de una década— para abordar un tema, con el fin de evitar la emotividad momentánea y reunir documentación más completa. En todo caso, rechazan la rigidez de adoptar un límite entre lo que es "todavía actualidad" y lo que ya pertenece a la historia contemporánea, haciendo hincapié en que la solución de este dilema depende, en última instancia, del planteamiento de las hipótesis de investigación y del cumplimiento de los requisitos para que sea un trabajo histórico.¹¹

¿Ostenta la *Zeitgeschichte* una particular teoría de la historia que le da cohesión y rasgos distintivos respecto de otras concepciones del quehacer histórico?

En primer lugar, sus promotores y cultores enfatizan que la *Zeitgeschichte* realiza una parte integral de la ciencia histórica, de

¹⁰ Véase la nota 6.

¹¹ B. Scheurig, *op. cit.*, p. 11.

igual modo como la historia contemporánea se inscribe dentro de procesos históricos más largos. Por consiguiente, no corresponde hablar de una sola teoría de la *Zeitgeschichte*, como sería atrevido proponer una teoría para la historia *tout court*. Por el contrario, el estudio de la historia contemporánea debería estar abierto a todas las teorías del trabajo histórico, que respectivamente pueden ser útiles a la explicación histórica. Pero en ningún momento debe perderse de vista la obligación de realizar toda investigación de historia contemporánea con el mismo rigor y requisitos metodológicos necesarios para cualquier investigación sobre historia "lejana". Esto se deriva de la obligación de todo historiador de no caer en ser "partidista, servicial cargado de emociones y resentimientos".¹² Naturalmente, el historiador —de cualquier período que se ocupe— no vive aislado sino que es un ser social, con una determinada visión del mundo, con una formación intelectual propia y con experiencias características de sus condiciones históricas; y todo esto se reflejará de algún modo en el tratamiento dado a su investigación.

En segundo lugar, con relación al hecho de conservar distancia, presuntamente imposible para el caso de la historia contemporánea, los partidarios de la *Zeitgeschichte* subrayan que lo determinante no es la distancia cronológica ni la espacial, sino una distancia espiritual que se expresa en el mismo afán de veracidad, explicación mejor documentada y lo más coherente posible.¹³ En el caso de la historia contemporánea puede hacerse sentir una mayor presión por parte de las organizaciones institucionales a fin de propagar la versión oficial de los hechos, es decir, conforme a sus intereses. De ningún modo el historiador debe doblegarse a los requerimientos de los aparatos de poder, sino adoptar una actitud apolítica y distinguir los dos campos; no buscar aplausos ni inquietarse por los disgustos de los detentores del poder.¹⁴

En tercer lugar, lo más recomendable en el estudio de la historia contemporánea es la aplicación de diferentes métodos y

¹² H. Heimpe, "Zur Aufgabe der Zeitgeschichte", *Historische Zeitschrift*, no. 3, 1959, p. 112.

¹³ J.R. von Salis, *Geschichte und Politik. Betrachtungen zur Geschichte und Politik. Beiträge zur Zeitgeschichte*, Orell Füssli Verlag, Zürich, 1971, p. 104.

¹⁴ *Ibidem*, p. 111.

procedimientos comparativos a fin de destacar tanto lo singular como lo constante, lo paralelo, lo uniforme o lo análogo de fenómenos contemporáneos. Los métodos comparativos se imponen como imperativo de mucho más alcance en este caso que en el de la investigación histórica clásica, dada la complejidad del proceso histórico contemporáneo, en el que interactúan de manera dinámica las tendencias evolutivas heredadas del pasado con nuevos elementos, cuyos efectos totales aún no se han consumado plenamente. Con esta toma de posición, los historiadores de la *Zeigeschichte* se reconocen explícitamente deudores de la escuela francesa de los *Annales* y de la moderna sociología funcionalista norteamericana.¹⁵

Por otro lado y respecto a la particularidad de la investigación histórica contemporánea, cabe destacar que la misma se presta particularmente al estudio interdisciplinario, ya que sirve de objeto para varias ramas de las ciencias sociales. Este tipo de estudio puede y debe conducir a un beneficio mutuo en cuanto al uso de diferentes enfoques teóricos y procedimientos metodológicos.

No sólo hay que saludar sino aceptar como mandato ineludible este enriquecimiento. Nuestro mundo se ha ensanchado y diferenciado a la vez; a él pertenece lo externo del hombre: el Estado, la economía, la naturaleza, la política social y la sociedad. Todo ello exige un enfoque multidisciplinario y una especialización temática; un instrumento que la tradicional ciencia histórica no pudo o no quiso movilizar.¹⁶

Otra de las particularidades de la investigación de la historia contemporánea radica en la posibilidad de utilizar nuevas fuentes, desconocidas para la historiografía tradicional: cuadros, películas, grabaciones, entrevistas, etc. Más aún, los historiadores de la época contemporánea son capaces de crear sus propias fuentes —antes imposible de concebir— como son la posibilidad de elaborar y aplicar cuestionarios, realizar entrevistas o encarar memorias individuales o a escala generacional. Por cierto la

¹⁵ D. Gerhard, "Vergleichende Geschichtsbetrachtung und Zeitgeschichte", en W. Besson, F.H. von Goertringen (hrg), *Geschichte und Gegenwartsbewusstsein*, Vandenhoeck & Rupprecht, Göttingen, 1963, pp. 198-215.

¹⁶ B. Scheurig, *op. cit.* p. 34.

historia contemporánea también se sirve de fuentes de los mismos tipos que la tradicional. En todo caso, y siendo la historia contemporánea una parte integral de la historia *tout court*, son aplicables los mismos preceptos y las mismas reglas de la metodología histórico-crítica de las fuentes, de tal modo que cualquier manual de la materia contiene "un instrumental propedéutico igualmente válido para la *Zeitgeschichte*".¹⁷ Pero al mismo tiempo, como lo hemos mencionado, la investigación de la época contemporánea que utiliza nuevas fuentes exige también metodologías más sofisticadas, elaboradas por otras ramas de las ciencias sociales.

Finalmente, huelga añadir que la historia contemporánea presenta una situación paradójica en cuanto a la disponibilidad de las fuentes: por un lado, existe una abundancia de ellas y por el otro, se resiente su escasez, sobre todo, de las de procedencia institucional. Esta escasez se debe a la natural tendencia de cada institución a no revelar documentos comprometedores. La dificultad de acceso a ciertos documentos acarrea lagunas, pero no representa problemas insolubles —de modo semejante a como la escasez de fuentes para la historia antigua y medieval no impide emprender su estudio. El historiador en estos casos tiene que aprender a sacar el máximo provecho de los documentos existentes y valerse de materiales complementarios y sustitutivos.¹⁸

La *Zeitgeschichte* sigue desarrollándose, arrojando resultados altamente positivos difundidos a través de innumerables artículos y libros y llegando a establecerse sólidamente en la vida académica de la RFA.

La crítica de la historia contemporánea de W. Kula

Al abordar el tema de la crítica de la historia contemporánea hecha por el internacionalmente prestigiado historiador polaco, tenemos que tener presente que sus observaciones no se limitan a las experiencias de su país, sino que pueden extenderse a los demás de Europa Central para el período 1945-56. En toda la región se llevaron a cabo procesos de transformación a fondo de las estructuras socio-políticas y económicas semejantes, con co-

¹⁷ P. Kirn, *Einführung in die Geschichtswissenschaft*, Fisher Verlag, Frankfurt am Main, 1971, p. 129.

¹⁸ J.R. von Salis, *op. cit.*, p. 108.

rrespondientes cambios en la vida cultural e ideológica.¹⁹ Sin desatender ciertas diferencias particulares, sobre todo de ritmo y matices, la voz individual de Kula constituye una articulación general para la historiografía de la época en esta región.

Las críticas de Kula se titulan *Reflexiones sobre la historia* y fueron publicadas originalmente en 1957, en el momento cumbre de la superación del legado estaliniano en Polonia. Es menester mencionar en este contexto que el autor había venido participando activamente en la construcción de una nueva concepción de la historia, desempeñándose además como profesor en la Academia de Ciencias Sociales del partido, bajo el estandarte de estudios de las llamadas "tradiciones progresistas". En honor a la verdad, hay que añadir que Kula había asumido la actitud de hombre de izquierda desde antes de la segunda guerra mundial y que su caso no fue el de uno de los "conversos" al marxismo de la noche a la mañana. Va a mantener su posición en el libro referido, si bien desprovista de ilusiones infundadas y decidido a erradicar las experiencias negativas, cosa muy visible cuando hace balance de la historiografía del período anterior.

¡Las tradiciones progresistas! Este término provoca la hilaridad del historiador, pues éstas fueron ya burladas eficazmente en los años pasados. El descubrimiento de las tradiciones progresistas corresponde al período pasado. Éstas constituyeron, según los directores de la política cultural, una función fundamental de las ciencias históricas. Hubo incluso quienes llegaron a proclamarla como la función única, exhortando al historiador a cada paso...²⁰

En la concepción a la que se hace referencia se impuso a la historia una visión teleológica del devenir extremadamente unilateral y mecanicista, por la que se explicaba toda la evolución en función de una finalidad precisa, que era la realidad existente. Tergiversando la metodología marxista y fustigando cualquier otra con epítetos de "burguesa", la historia estuvo condenada a aportar pruebas en el sentido exigido por el interés

¹⁹ Existe una abundante bibliografía sobre este tema; cfr. L. Nagy, *Democracias populares*, Aymá, Barcelona, 1968, pp. 9-127; F. Fejtő, *Historia de las democracias populares*, I. Acontecimientos, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1971, pp. 37-77.

ideológico, aún a costa de abiertas falsificaciones y mentiras groseras. Kula no esquiva la reprobación total de la concepción de la historia y la sociedad prevaleciente en la época estaliniana, cuando dice:

El período pasado se caracterizó por una concepción *sui generis* de la sociedad, acondicionada al servilismo adecuado a determinados fines. Tal concepción, extremadamente dicotómica y propagada hasta los límites del absurdo, representaba la incorporación contemporánea y radical del maniqueísmo...²¹

La historia contemporánea era, sin duda, mucho más afectada por las arbitrariedades y aberraciones impuestas desde arriba. Abandonando incluso la doctrina marxista, ya de por sí reducida al listado de dogmas infalibles, la época contemporánea quedó presa de interpretaciones subjetivistas, en las cuales no tuvieron cabida otros elementos explicativos que no fueran los que encajaran en "una línea política justa", encabezada por un dirigente que gozaba de gracia según "la doctrina vigente del partido".²² Tal versión reduccionista se aplicó con mayor frecuencia al estudio de la clase obrera, tema favorecido oficialmente, de cuyo enfoque dice el autor:

La clase obrera separada de la nación; el Partido, de la clase; y la dirección ideológica, de la vida del Partido; esta impresión recibe uno cuando lee estas publicaciones, y así fue como se investigó la historia del movimiento obrero en Polonia (y de muchas otras naciones), privándose de la posibilidad de un análisis científico.²³

Dentro de la praxis historiográfica sobre el movimiento obrero no debe sorprender la ausencia del análisis de todos los elementos constitutivos en su formación, así como de la estructura social en general. En cambio, para explicar las veleidades ideológicas y las derrotas políticas del movimiento obrero en el pasado se recurría muy a menudo a la teoría de los complots, de

²⁰ W.Kula, *op. cit.*, p. 103.

²¹ *Ibidem*, p. 130.

²² *Ibidem*, p. 130.

la infiltración en sus instancias directivas, por agentes que consciente o inconscientemente habían servido a los intereses del enemigo. Kula recuerda en cierto pasaje la tristemente famosa tesis de Wyszynski, procurador general de la URSS en la posguerra, de que no es necesario establecer el vínculo causal entre la culpabilidad y su comprobación. Con la lógica de esta monstruosa doctrina, miles y miles de personas perdieron la vida.

Sobre todo en el apéndice, titulado "Gusla" (término intraducible del antiguo polaco, con el que se denomina una fiesta en honor a los muertos y para reflexionar sobre el pasado y el presente) se revela un testimonio lleno de desgarramiento sobre las prácticas observadas en su entorno, compartidas por sus compañeros de trabajo. Pero el libro no se detiene en la mera denuncia de absurdos a los que fue conducida la ciencia histórica bajo el estalinismo, por más dolorosos y dañinos que hayan sido. Reconoce que en el mismo período se registró un avance incomparable de las clases populares, se llevó a cabo una verdadera revolución en la educación y la cultura, se logró impulsar la industrialización y la urbanización; y todo ello hecho con el ideal más noble. Al mismo tiempo Kula indaga en su texto cómo escribir historia de otra manera, sin retroceder a las posiciones del positivismo. Al concebir la historia como "el conocimiento sobre los valores sociales y también como una creación cultural", (p. 21), propone una dimensión social, libre de manipulación y de mitos, pero capaz de esclarecer el camino de la liberación del hombre. En este sentido, la ciencia histórica puede cumplir una importante función social, ser no sólo educadora en el sentido tradicional del término, sino formadora de conductas sociales y acciones institucionales. Tal vez al lector extranjero —como también a cierta literatura de Europa central— resulte exagerada su convicción cuando afirma:

Nosotros sabemos mejor que otras naciones que con la historia se vinculan innumerables emociones sociales, sabemos que la historia puede servir de bandera para la lucha por la libertad, pero también contra la libertad, y sabemos, asimismo, que la historia ha sido utilizada en el pasado reciente para justificar tanto lo bueno como lo malo.²⁴

²³ *Ibidem*, p. 129.

Dentro de esta misión social, corresponde pues a los historiadores analizar e interpretar la herencia del pasado, pero deben hacerlo con el espíritu de la veracidad, de búsqueda de objetividad, por más que incomode a los detentores del poder o a la sociedad misma. Constatando que sólo una parte del legado histórico pertenece a la conciencia social, en tanto que asimilado por ella, el historiador debería, en primer lugar, centrar su atención en aclarar los componentes y particularidades de su formación, incluyendo la aparición y funcionamiento de estereotipos. En su trabajo, el historiador no debe rehuir emitir juicios de valor, consciente de su honestidad intelectual y responsabilidad social, dado que de otro modo,

si el historiador se tapa los oídos ante las exigencias de que no emita juicios de valor puede dar lugar a que esta necesidad social sea satisfecha por aquéllos a quienes no les corresponde; recordemos que la historia opera con un material sumamente delicado y explosivo, y es tarea del historiador protegerlo para que no lo manipulen profanos o criminales.²⁵

Las reflexiones de Kula atribuyen particular importancia a la historia contemporánea, por entender que encierra lo auténticamente vivo de la conciencia social. Dado que se amplía cada día, la historia exige una investigación de los fenómenos más recientes. (p. 26) En su opinión, tanto para Polonia como para el resto de Europa, la historia contemporánea realmente empieza a partir de la segunda guerra, que marca una línea divisoria tan trascendente, que casi convierte al período anterior en historia antigua. Asimismo, está consciente de que la investigación de los tiempos recientes plantea una situación novedosa; por un lado, el historiador de este período literalmente vive el transcurrir del tiempo que estudia, está empapado con la realidad cambiante y dispone de cuantiosos documentos al respecto; pero por otro, desconoce aún el desenlace final de los acontecimientos y no siempre le resulta clara la tendencia de un proceso en el cual participa. Dice que, esta situación natural e inevitable no debe impedir emprender los estudios correspondientes. Al observar la historiografía del pasado inmediato desde una perspectiva bastante larga, constata que casi siempre las primeras versiones no

²⁴ *Ibidem*, p. 90.

han sido sino falsificaciones en distinto grado. Kula presenta algunos ejemplos al respecto, como son diversas crónicas y memorias y algunos trabajos del Instituto Histórico del partido comunista polaco, donde él mismo trabajó durante el período estalinista. Si bien comprende que ciertas falsificaciones son inevitables hasta cierto punto, considera que las mismas serán derribadas por los futuros estudios. Directamente influido por los acontecimientos en Polonia durante el período 1945-56, en relación con el quehacer histórico el autor de esta monumental obra llega a la conclusión de que:

Enfocada desde este punto de vista, la historiografía podría reducirse a un largo período de fabricación de mitos y a la lucha por la liberación de ellos. Se crean constantemente nuevos mitos —la capacidad humana para fabricarlos es inagotable!— lo que brinda al hombre un hermoso campo de batalla para liberarse de ellos.²⁶

Por todo esto cabe subrayar que Kula se inscribe decididamente del lado de quienes se proponen luchar contra los mitos de la historia, sin importar su procedencia, al exigir del historiador “el coraje de luchar por abolir los altares tradicionales y no permitir que se eleven otros”. (p. 151) Actitud sostenida en toda su producción posterior y fácil de constatar dado que casi todos sus libros han sido traducidos al español. En sus *Reflexiones sobre la historia* anuncia su compromiso con la historia del futuro y lo hace sin temer la grandilocuencia patética, al postular:

Si la salvación del mundo está realmente en la lucha por la construcción de un moderno poder popular, por la unificación de la humanidad a través de la democracia y abolición de los privilegios de clases y naciones, por la emancipación del hombre de los mitos y la creación de una moral laica y una justicia real, entonces también la ciencia histórica debe comprometerse con ello y sólo por esto vale la pena cultivar la historia...²⁷

²⁵ *Ibidem*, p. 102.

²⁶ *Ibidem*, p. 26.

Conclusiones

Es incuestionable que las dos tomas de posición respecto de la historia contemporánea se han nutrido de las respectivas experiencias en contextos sociopolíticos diferentes. Asimismo, ambas han tenido que enfrentar distintos retos, frutos de diferentes y hasta opuesta tradiciones historiográficas y condicionantes ideológicas. No obstante, y esto es lo que presentan en común, las dos se propusieron despejar los obstáculos para abrir un espacio al estudio de la historia contemporánea, abogando por una investigación seria, bien documentada, veraz y objetiva hasta los límites de lo posible. Sin embargo, la historiografía de la RFA y de Polonia —para no hablar de otros países del bloque soviético— se desarrolló de manera diferente y produjo resultados sociales muy variados. Por las limitaciones de espacio que condicionan el tratamiento de una tarea gigantesca, me limitaré a señalar los principales rasgos de la evolución historiográfica de ambos países.

La *Zeitgeschichte* germano-occidental se ha ganado la respetabilidad académica dentro y fuera de sus fronteras, convirtiéndose en una corriente historiográfica y en parte integral de las ciencias históricas. Prueba de ello son la formación de institutos especializados, su enseñanza a nivel universitario y las innumerables publicaciones de libros y artículos en revistas especializadas y de divulgación. El hecho de que la investigación sobre la historia contemporánea de Alemania provoque grandes discrepancias y hasta acaloradas discusiones en foros públicos demuestra su vivacidad y constituye una experiencia altamente saludable desde el punto de vista social. Recordemos para el caso la tormenta desatada en los últimos años en torno al tema del exterminio de judíos durante la segunda guerra, conocida como “la disputa de los historiadores”.²⁸ Vista en su conjunto la *Zeitgeschichte* germano-occidental, teórica y metodológicamente abierta y contando con espacio y medios adecuados, es lícito afirmar que ha contribuido esencialmente a “superar el pasado” (*Vergangenheitsbewältigung*), en el sentido de permitir analizar e interpretar críticamente el legado histórico de su pueblo —nada halagüeño por cierto para la sociedad de la RFA—. En cambio, la historio-

²⁸ *Ibidem*, p. 151.

grafía contemporánea polaca tuvo que seguir un sendero distinto. Hay que situar las *Reflexiones* de W. Kula a la luz de la experiencia del período anterior, como una especie de *memento* dirigido tanto a los historiadores profesionales como a los gobernantes, al insistir que en la historia contiene “una carga de dinamita” y debe tratarse con extremo cuidado. Desafortunadamente, el llamado del autor de explicar científicamente las superficies ocultas de la conciencia nacional, de la vigencia de ciertos valores y estereotipos históricos no pudo realizarse en el marco institucional, y no por culpa de los historiadores! Sin contar con una genuina autonomía universitaria y con la de los centros de investigación, además, sujeta a la guillotina de la censura, no podía prosperar el estudio de la historia contemporánea. El gremio de los historiadores profesionales, salvo pocas excepciones, rehuía abordar temas de la “historia viva” por no tener acceso a los archivos y por las insuperables dificultades para publicar los resultados de las investigaciones. Los trabajos históricos, al igual que los de otras ciencias sociales, fueron objeto de manipulaciones,²⁹ si bien no tan burdas como antes. Por otra parte, las publicaciones sobre la historia contemporánea tenían el sello de ser oficiales y, por consiguiente, chocaban con el muro de la desconfianza social, que las consideraba propaganda.

La situación sufrió un cambio notable en el segundo lustro de los años 70, cuando bajo fuerte presión comienza a organizarse la sociedad civil. Apareció, entre otras, la Sociedad de los Cursos Científicos con el objetivo de promover la investigación y el estudio de diferentes ramas de las ciencias sociales, incluida la historia contemporánea, que propagó fuera del marco institucional. En este período se incrementó la circulación clandestina de traducciones de autores prohibidos y publicaciones de emigrados, así como ensayos y verdaderos estudios de investigación de los científicos polacos. Todo esto marcando profundas huellas en la conciencia social, en primer lugar de los activistas de nuevas agrupaciones y de la élite cultural del país. En las mentes de mucha gente maduró paulatinamente la conciencia de emprender un cambio radical en el funcionamiento del sistema.³⁰ Es bien conocida la evolución posterior, que culminó con la mayor protesta

²⁸ Varios, *Historikerzeit. Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*.

obrero en la historia del bloque soviético, en 1980. Menos conocidos con los componentes históricos en el comportamiento social del llamado período de “Solidaridad” de 1980-81. Para nuestros propósitos cabe rescatar de esos dieciséis meses el despertar del interés por la historia contemporánea del país, la movilización del gremio de los historiadores en esta dirección y las reivindicaciones sociales consecuentes de ventilar temas tabúes, las llamadas “manchas blancas” de la historia nacional. Como era de esperarse, eliminada de hecho la censura preventiva, afloró un alud de publicaciones sobre los problemas más espinosos en la historia del país, de las relaciones polaco-soviéticas —aunque no siempre con el debido rigor científico.

A partir de la imposición de la ley marcial en diciembre de 1981, que puso de relieve el divorcio entre la sociedad y el Estado polacos, la historia contemporánea se convirtió en un campo de batalla entre numerosas organizaciones clandestinas y los aparatos del poder. En su confrontación proliferan nuevas corrientes ideológicas que buscan su propia legitimación también en el terreno histórico, con distintas proyecciones de la historia futura y en abierta pugna entre ellas mismas, así como contra el Estado. La falta de consenso social que se observa a escala nacional se refleja fielmente en la explotación de la historia contemporánea con fines propagandísticos. Este ambiente poco halagador se asemeja al *paisaje después de la batalla* —para decirlo con el título de la conocida película de A. Wajda— con un saldo negativo para todas las partes involucradas en el conflicto, y también para la historia contemporánea.